

**TENTACIONES IRRESISTIBLES** cat. D pseudónimo: Proust

Son las tres de la tarde y la canícula reina en la ciudad. El asfalto humea y el viento ha decidido marchar de vacaciones, dejando una calma desapacible y áspera. En la ciudad se respira un aire asfixiante y reseco como una madeja de lana de acero que se desbrizna entre los dedos en forma de finas virutas y, como si fueran diminutos granos de arena, van quedando pegadas por todo el cuerpo sudoroso.

Los urbanitas hacen horario de verano y a esta hora el tráfico burbujea alrededor de las calles del centro. La algarabía de las bocinas y el borboteo de los automóviles en su marcha sofocan el canto de las abubillas y el inconfundible chirrido de las cigarras.

Ha llegado la hora de regresar a casa, enchufar el aire acondicionado y esperar el atardecer. La gente permanece hacinada bajo una pequeña sombra de la parada del autobús. No hay ninguna nube capaz de cubrir al sofocante dios sol, para nada dispuesto a dar una pequeña tregua a los transeúntes. Sofocados se amontonan bajo las pequeñas islas de sombra que lanzan los plataneros de la avenida a su paso.

Ya se ve llegar al H8. Todos, impacientes, van apelotonándose en la parada. Nadie quiere ceder su posición. El H8 remolonea hasta pararse, dejando un bufido cuando abre sus puertas. La multitud entra a empujones, como un goteo constante y, a duras penas, se cierran las puertas.

Es un autobús nuevo, de los ecológicos de hidrógeno. La tapicería huele a coche acabado de estrenar y los asientos parecen suaves y mullidos. Las barandas metálicas refulgen cegando los ojos de quienes las observan y los

cristales de las ventanas aún están impolutos, sin ninguna huella dactilar. En cambio, el conductor, que es el viejo de siempre, hace cara de tener pocos amigos cuando me cuelo delante de sus narices. No sé por qué no le jubilan de una vez por todas. No queda nada bien un conductor tan senil en un autobús tan moderno. El hombre exhala un aura más amarga que la muerte en la soledad desesperada.

A pesar de su aparente amplitud, el vehículo está lleno a rebosar y me cuesta trabajo adentrarme hasta la mitad del pasillo, detrás del calvo de la nuca grasienta y justo al lado de la señora de la blusa roja. Alguien se entretiene demasiado validando el billete. Lo ha introducido del revés y la máquina protesta ruidosamente. Quien más, quien menos, resopla desaprobando el error, como si fuera algo terrible, propio de un acto criminal. Los pasajeros se desesperan por alojarse en su rincón predilecto. El viejo del peluquín se impacienta por sentarse cerca de la ventana y los viajeros de estatura más desfavorecida han tenido que resignarse bajo las ramas de axilas de los más esbeltos. Los más afortunados, aquellos que han encontrado asiento, ahora se dedican a mirar por la ventana, aliviados por el ambiente fresco de artificio que se respira dentro del autobús, o a leer el noticiario, aunque la mayoría encuentra más entretenido el móvil. También hay quien tiene por afición escrutar a los pasajeros recién llegados.

Es normal que la gente mire al que acaba de entrar, pero que se empecine particularmente en un solo pasajero más de cinco minutos se convierte en algo muy molesto e impertinente.

No es la primera que me pasa cuando subo al autobús. A menudo tengo la sensación de que todo el mundo me está mirando, como si me hubiesen estado esperando desde ya hace un rato. En ocasiones así prefiero mantener la mirada fija y desafiante hasta que el observador impertinente se rinde haciéndose el distraído.

La joven emperifollada para ir a la ópera que está sentada en el fondo del autobús no ha dejado de examinarme, con un ademán nada circunspecto. Intercambia unas palabras con su compañero, un joven de cabellos encrespados, que se ha tendido que conformar con una americana barata y una corbata verde de vendedor de pisos. El joven le responde y luego estallan a reír sin dejar de mirarme. Imagino que critican alguna cosa ridícula, como quien lleva un agujero en la parte trasera del pantalón o una mancha en un lugar indecente. El H8 coge la carrera y yo, distraído con su burla, por poco no me empotro encima de una viejecita adorable, que me esquivo dócilmente. Lástima que los rizos grises le apesten tanto a naftalina.

A veces creo que percibo el mundo en cámara lenta, acaso sea por mi particular metabolismo, no sé. Lo cierto es que las risitas de la pareja llegan a mí como un eco lejano que se pierde entre la nube de notas que se lleva el viento. ¡Menudo par de cretinos! Seguro que están hechos el uno para el otro. Ella, envuelta en una atmósfera de primavera, parece ajena a las severidades mundanas. Él, con su corbata horripilante, nunca se atrevería a ir de polizón y, tal vez por ese motivo, desaprueba mi presencia.

La ventana pintada con propaganda negra refleja mi silueta como un caleidoscopio. Por un instante me quedo absorto en el estudio de mi rostro. Me

gusto y no encuentro en absoluto desproporcionados mis ojos, ni mi bigote. Lástima de estos mofletes de saxofonista que me generan tantas bromas. “¡Caray, que mofletes tiene!”, gritaba en la parada unos minutos antes la dama que ahora se ha apoltronado en un asiento preferente. “Señora, este aposento es para la gente mayor o con necesidades especiales en las cuales no se contemplan sus quilos de más”, me habría gustado decirle.

El conductor, que insiste en girar su cabeza de tanto en tanto, buscándome entre la multitud, detiene de repente el autobús. Los pasajeros que viajaban de pie, desprevenidos, se apresuran a recuperar el equilibrio. Afortunadamente el mayor daño ha quedado en un doloroso pero inocuo pisotón.

“¡Vigile, hombre!”, le gritan. “¡Dónde <sup>o</sup> va a parar con este frenazo!”. El conductor se hace el sueco y abre la puerta delantera, que vuelve a proferir un bufido insaciable. Suben dos revisores.

—Por supuesto, hagan su faena, pero ya nos dirán cómo podrán abrirse paso. Si no cabe una sardina más...—protesta la viejecita adorable.

—Señora, métase en sus asuntos —le responde de mala gana el revisor.

Vuelvo a sentir en la nuca la odiosa sensación de antes, la sospecha de otra mirada insolente. Me giro y, a tocar de mis ojos, una criatura insolente que no debe superar los cinco años me mira atónita, mientras lame una deliciosa e irresistible piruleta.

Es una piruleta de fresa, de esas que se saborean muy lentamente. Intento recordar, no en vano, la última vez que me delecté con una delicia

semblante. Me ha invadido tanto la nostalgia que bajo la guardia y, para cuando me doy cuenta, ya tengo al revisor a menos de dos asientos. El autobús vuelve a detenerse. Ahora suavemente. Debería apearme, pero no me puedo resistir a un lametazo tan dulce. Así que sucumbo a la tentación y chupo la piruleta. Es una delicia exquisita, que transporta...

–¡Puaj! ¡Qué asco! –grita el chiquillo mientras deja caer la piruleta.

La recogería.

No puedo.

El revisor y la madre de la criatura se acercan a mí con intenciones de abatirme.

Se abren las puertas.

–¡Largo, asquerosa, mierda de mosca! –chilla la madre, y luego dirigiéndose a su pipiolo, le recrimina: –: ¿Hasta cuándo voy a tener que sacarte siempre las moscas de encima? ¿Aún no te has enterado de que a estos bichos les va más el dulce que la mierda?

Aprovecho el broncazo para salir volando cielo arriba. Humanos... Se las dan de intelectuales y la mayoría, con sus ojos simples, son más ignorantes que un zapato. ¡Que soy un moscardón, señora! Y sí, me encantan las cosas dulces, pero donde se ponga una buena mierda, no hay nada mejor.